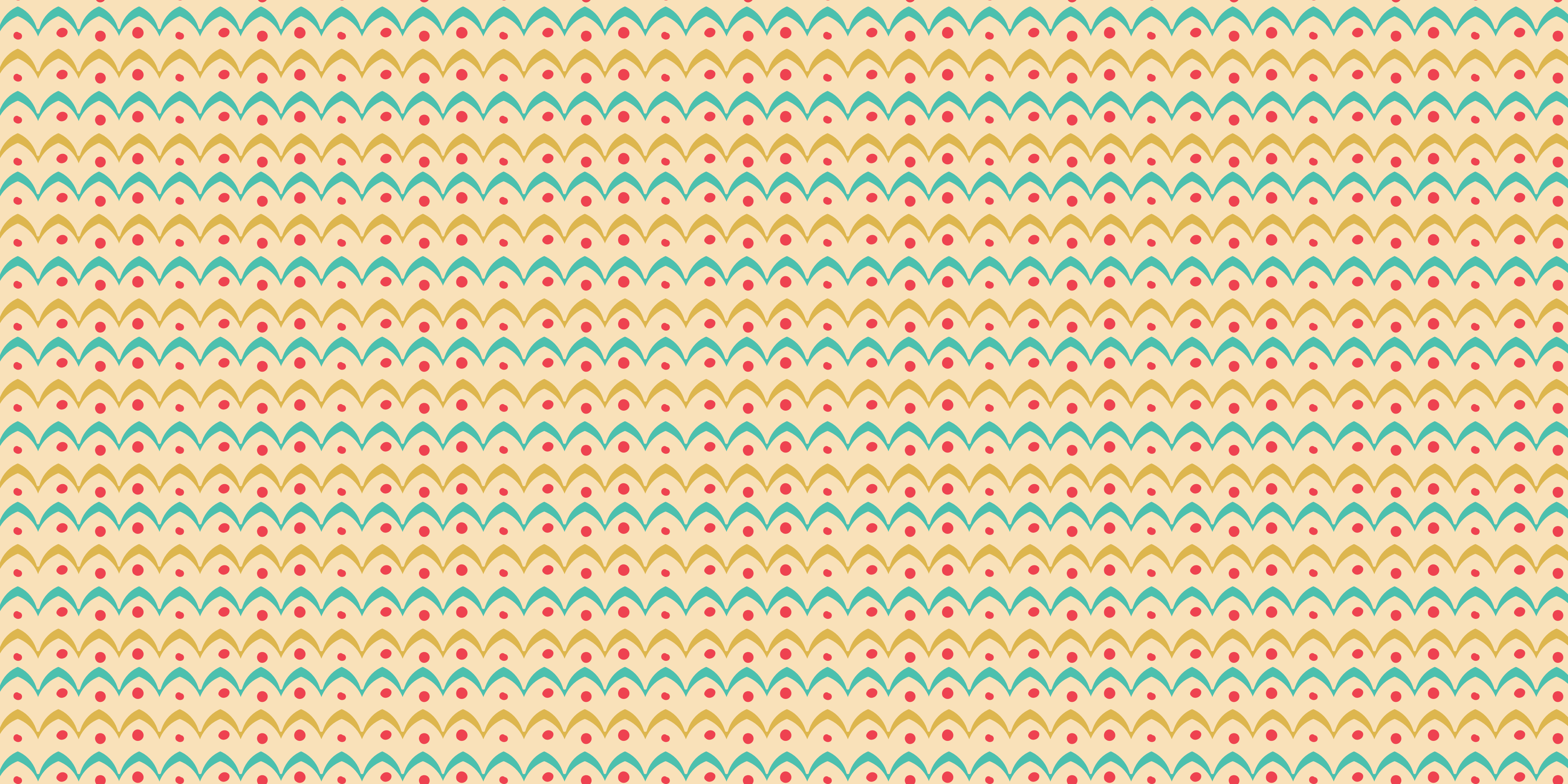




LEYENDAS
ECUATORIANAS





LEYENDAS ECUATORIANAS

“ *Los ecuatorianos son seres raros y únicos: duermen tranquilos en medio de crujientes volcanes, viven pobres en medio de incomparables riquezas y se alegran con música triste.* ”

Alexander von Humboldt.

@ ÍNDICE @

EL PADRE ALMEIDA.....1

UNA MUCHACHA DE LUNA.....5

CANTUÑA.....9

ETSA.....13

LA DAMA TAPADA.....17

YAVIRAC.....21

EL SR. SARABIA.....25

EL HUAÏÑA GÜILLI.....29



El padre Almeida

UNA LEYENDA DE QUITO

“ El Cristo tenía la cabeza a un lado y parecía estar mirándolo muy serio. Cuando de pronto el Cristo le dijo: ¿Hasta cuando padre Almeida?, y el padre con descaro le contestó: hasta la vuelta, Señor. ”



Qué necio este padre Almeida. Mírenlo, mírenlo nomás cómo se subía como una araña negra por la pared del claustro en lugar de estar durmiendo a altas horas de la noche.

¿Y todo para qué?, pues para irse a tomar aguardiente a la cantina de la esquina, ni más ni menos.

Y lo peor de todo es que, para saltar al otro lado, el muy sinvergüenza se apoya en uno de los brazos de Cristo que está ahí dentro. ¿Lo ven? Sí, ese mismo, el Cristo que tiene la cabeza a un lado y parece estar decepcionado.

Entonces, de pronto, el padre Almeida escucha que el Cristo le dice: “¿Hasta cuándo padre Almeida?”, y el muy grosero, en lugar de sorprenderse o de asustarse porque el Cristo le acaba de hablar, le contesta: “Hasta la vuelta”, y con qué tranquilidad. Ay, si parece que el padre Almeida no tiene remedio, que el alcohol lo tiene atontado y perdido, y que así no va a poder seguir siendo padre ni nada, ¿no les parece?

Pero dejemos pasar unas cuantas horas, mientras sopla un viento helado por las calles de Quito y miremos lo que sucede ahora que sale borracho de la cantina: véanlo cómo se tambalea, qué vergüenza, qué pena padre Almeida, si parece uno de esos trompos a los que se le ha acabado la viada y tiembla antes de caer. Miren nomás cómo intenta avanzar al claustro.

Tan borracho está que no se da cuenta de que frente a él viene un ataúd cargado por unas seis personas muy altas, vestidas por completo de negro. Y, claro, como era de esperarse, de pronto choca contra el ataúd. Sí, contra el ataúd, pero el padre Almeida no sabe que es un ataúd, cree que es un toro negro o un oso negro.



Qué borrachera se cargará que cuando cae el ataúd al piso, grita: “Cuidadito, mire...hip... por dónde camina... hip... señor toro, qué digo... señor oso, hip... que digo...”

Mas, de pronto se da cuenta de que es un ataúd, caído delante de él, un ataúd despanzurrado al que rodean esas personas muy altas, fuertes y silenciosas a las que no alcanza a ver la cara. Un chorro de sangre fría le sube por la espalda y se le erizan como púas los vellos de la nuca. ¿Un ataúd? ¿A las tres de la madrugada? ¿Qué es esto?, pregunta en voz alta. Y curioso como es el padre Almeida, se decide a mirar dentro. Ahí, frente a él, pálido, muy pálido, acostado con las manos en cruz dentro del ataúd forrado con una tela negra, está él mismo.

Qué susto se habrá llevado el padre Almeida que de un golpe se le quita la borrachera y se da cuenta, en un segundo, de que, si sigue así, uno de estos días va a morir intoxicado de alcohol, y que entonces no podrá cumplir con su misión en la vida. Corre el padre Almeida por las calles hasta el claustro a ver al Cristo a rezarle y pedirle perdón.

Por supuesto desde ahí, al padre Almeida se lo ve más sereno y amable, más sencillo y risueño. ¡Qué bueno por usted padre Almeida!

Una muchacha de Luna

UNA LEYENDA DE MANABÍ

“Cuenta la leyenda que cuando aulla el viento de la marejada, la voz de las sirenas es tan pero tan hermosa que nadie puede resistir su llamado. hay que salir de la cabaña para escucharlas.”



Mi abuelo Ulises me contó una noche, mientras afuera aullaba el viento de la marejada, que la voz de las sirenas, esos seres mitad mujeres y mitad peces, es tan pero tan hermosa que nadie puede resistir a su llamado. Luego me dijo que saliera de la cabaña para ver si podía escucharla. Confieso que salí con un poco de temor. Hacía frío. Arriba, la luna era hermosa esa noche con el cielo lleno de estrellas. Abajo, el mar estaba revuelto y rugía como nunca. De pronto, en medio de las tinieblas escuché un canto, un canto de mujer, algo dulce y triste al mismo tiempo, una melodía parecida a un llamado o a un sollozo, una voz hecha de viento, resplandor de luna y silencio.

Mi abuelo Ulises no necesitó preguntarme si la había escuchado. Mi emoción lo decía todo, Me abrazó con sus largos brazos y me dijo “en buena hora estamos en tierra porque si no, esa voz es capaz de arrastrar cualquier barco hasta las rocas, mientras los tripulantes la escuchan embobados”. Aprovechando el momento, le pregunté “¿has visto alguna vez a una sirena abuelo?”, él se quedó muy serio, levantó su fuerte brazo de mi hombro y se sentó. “No, nunca”, dijo con voz ronca, pero mi abuelo sí que vio una, o algo parecido a una. “¿Enserio?”, exclamé. Se quedó en silencio unos segundos y luego, mirando al vacío, empezó a contar. “Hace muchos, muchos años, cuando en Manabí no había agua potable ni luz eléctrica, cada vez que llegaba la Semana Santa, se escuchaba un canto dulce, algo como una queja o un llanto hecho canción que venía del Cerro de la Mona. Nadie se arriesgaba a buscar en medio de la oscuridad a la dueña de ese canto, porque les daba temor, pero al mismo tiempo, nadie podía dormir durante esas largas noches en que el silencio propio de las tinieblas era interrumpido por esa triste y dulce melodía.” “Mi abuelo, había crecido escuchando ese canto que duraba exactamente siete noches cada año y, fue una de esas noches, me parece que un viernes santo, cuando ya él había cumplido los diecinueve o los veinte años, que se levantó de la cama sudando. Como todos en el pueblo, no podía dormir, pero a diferencia de los demás, él había tomado una decisión de la que tal vez pronto se arrepentiría. Se vistió de prisa y se deslizó hacia la noche, Una vez afuera, siguió a tientas el canto de la misteriosa mujer. Había un cielo salpicado de estrellas como el de esta noche, y de pronto se vio transitado por caminos en los que nunca antes había estado.

El canto era cada vez más fuerte y él sentía cómo su cuerpo entero se estremecía con cada nota. Al final, apartando unos matorrales, la vio. Y se le cortó la respiración. “¿Cómo era?” Exclamé. Mi abuelo Ulises sonrió. “Era la mujer más hermosa que el jamás había visto o vería jamás en toda su larga existencia. Detrás de una piedra observó como esa mujer muy joven, se peinaba su hermoso cabello. No pudo aguantar más, venciendo todo temor, se levantó y empezó a caminar hacia ella, La joven dejó de cantar y le sonrió.” “Al fin viniste, te he estado esperando desde antes que nacieras”, mi abuelo se estremeció, no solo era tarde para huir, sino que no quería huir. Al mirar los ojos de la muchacha color de luna, sintió que el destino y él se habían encontrado, que el destino y él se habían encontrado, que en ese mismo instante se jugaría la vida por esa mujer.”

La muchacha le dijo “si eres tan valiente como para haber venido, tendrás tú recompensa; serás el hombre más rico de esta región si logras pasar la prueba. Tienes que atarme, muy fuertemente, y llevarme contigo hacia la ciudad, así, atada. Eso sí no tengas miedo, suceda lo que suceda no me sueltes”.

“Mi abuelo temblaba, pero estaba decidido. Tomó entonces una cuerda que ella le ofreció y empezó a atarla de pies y manos. Tan pronto como comenzó a bajar por el Cerro de la Mona, arrastrando consigo a la muchacha, mi abuelo se dio cuenta de que las piedras se transformaban en perros, los ceibos parecían furiosos gigantes, los comunes matorrales semejaban monos enloquecidos, en tanto al viento, cada vez más fuerte, le golpeaba el rostro como si quisiera detenerlo. Atrás venía la muchacha, boca arriba, sonriendo como si nada. Esa sonrisa extraña, sospechosa, en vez de tranquilizarlo, le hacía temer lo peor. Y así sucedió, la sirena, en un segundo, se había transformado en una serpiente gigantesca que tironeaba la cuerda, aparecieron miles de serpientes bajo sus pies.”

Cuando salí otra vez de la cabaña aún soplabla el viento con fuerza y el mar rugía amenazador. Fue entonces cuando escuché, nítido, el canto de una sirena, y vi, juro que vi, a una muchacha pálida. Mi abuelo tenía razón.

Cantuña

UNA LEYENDA DE QUITO

“*Cantuña se comprometió con los padres para terminar el atrio en seis meses a cambio de dinero, le tocaba traer rocas enormes desde una cantera muy lejana y después trabajar a la piedra, pulirlas y colocarlas.*”



Cantuña tenía una labor que había sido asignada por los padres franciscanos que era construir una Iglesia en Quito.

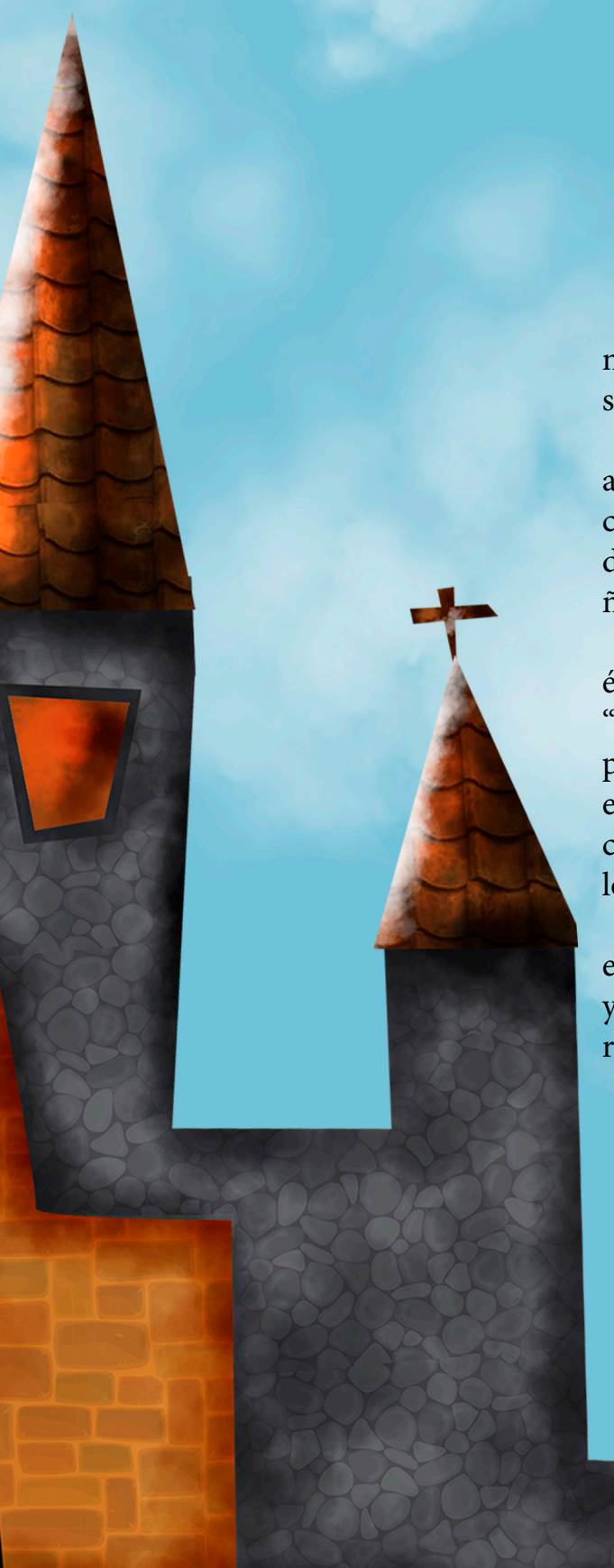
Sucede que los padres franciscanos querían construir el atrio de la iglesia de San Francisco, la cual tiene unos adoquines perfectos, una fuente de piedra y unas escaleras en forma concéntrica.

Cantuña había aceptado y puso como plazo seis meses, a cambio el recibía una gran cantidad de dinero.

Aunque parecía una hazaña imposible lograr terminarla en seis meses, el Indio Cantuña puso su mayor esfuerzo y empeño en terminarla, reunió un equipo de indígenas y se propuso terminarla. Les tocaba traer rocas enormes desde una cantera muy lejana y después trabajar a la piedra, sacar los adoquines, pulirlos y colocarlos. Cantuña aceptó el trabajo solo por pura ambición, por el dinero de los franciscanos, él tenía a su ejército de indios pica pedreros, pero con el tiempo que pasaba, se dió cuenta que por más esfuerzo que se ponía, no se avanzaba y la obra se debía aplazar tres meses más.

En esos momentos de angustia se presentó ante él, el Diablo y le dijo: “¡Cantuña! Aquí estoy para ayudarte. Conozco tu angustia. Te ayudaré a construir el atrio incompleto antes que aparezca el nuevo día. A cambio, me pagarás con tu alma.”





Cantuña aceptó el trato, solamente pidió una condición, terminar la construcción lo más rápido posible y que sean colocadas absolutamente todas las piedras.

Cantuña se vio desesperado debido a que vio que los diablillos avanzaban muy rápido, tal como lo ofreciera el Diablo, la obra se culminó antes de la media noche, fue entonces el momento indicado para cobrar el alto precio por la construcción, el alma de Cantuña.

El Diablo al momento de ir ante Cantuña a llevarse su alma, éste lo detuvo con una tímida voz, “¡Un momento!” - dijo Cantuña. “¡El trato ha sido incumplido! Me ofreciste colocar hasta la última piedra de la construcción y no fue así. Falta una piedra.” Cantuña en su desesperación por perder su alma había sacado una roca de la construcción y la había escondido muy sigilosamente antes de que los demonios finalicen su obra.

El Diablo, asombrado, observó como un simple mortal lo había engañado de la manera más simple. Así fue como el muy inteligente y vivo de Cantuña salvó su alma, y el diablo sintiéndose burlado, se refugió en los infiernos sin llevarse su paga.

Etsa


UNA LEYENDA DE LA AMAZONÍA

“Etsa, quiere decir, en idioma Shuar: Sol, el valiente Sol. Dicen que en la selva, un niño llamado Etsa, devolvió a la vida a los pájaros que Iwia, el demonio, había quitado.”



Ampan había ido esa mañana lluviosa al Registro Civil para inscribir a su pequeño hijo. Un hombre de traje gris los vio llegar, se secó el sudor con un pañuelo arrugado y preguntó de mala gana. “¿Qué quieres, indio? Habla rápido que no tengo tiempo.” -“Quiero inscribir a mi hijo”, dijo con tranquilidad Ampan, “ya, ¿y cómo quieres ponerle?”, “quiero que lo anoten como Etsa, igual que...”, “pero, cómo...” - gritó el hombre mientras se levantaba furioso del escritorio-, “¿le vas a poner Etsa a este niño?, ¿Etsa?, ¿no ves que es nombre de mujer?, ¿estás loco? Estos indios ignorantes...” Ampan trató de explicarle que Etsa, en el idioma de los shuar, quería decir Sol, el valiente Sol, el generoso Sol de sus antepasados, pero el tipo no lo dejó explicar nada. Ampan miró con tranquilidad a aquel hombrecito que se negaba a escuchar y que insistía en hablar palabras sin sentido. Entonces recordó la tarde en que su abuelo Arútam -que en shuar quiere decir Poderoso Espíritu Tigre de la mañana- lo llevó a caminar por la selva. Ahí, entre gigantescos matapalos y frondosos copales, chambiras y pitarayas, le contó de qué manera el luminoso Etsa les devolvió la vida a los pájaros.

-Iwia es un demonio terrible - le explicó Arútam-. Desde siempre ha tenido la costumbre de atrapar a los shuar y meterlos en su enorme shigra para después comécelos. Fue así como, en cierta ocasión, el cruel Iwia atrapó y luego se comió a los padres de Etsa. Entonces raptó al poderoso niño para tenerlo a su lado y, durante mucho tiempo, le hizo creer que su padre era él. Cuando Etsa creció, todos los días, al amanecer, salía a cazar para el insaciable Iwia que siempre pedía pájaros a manera de postre. El muchacho regresaba con la gigantesca shigra llena de aves de todas las especies, pero una mañana, cuando apenas empezaba su carcería, descubrió con asombro que la selva estaba en silencio. Ya no había pájaros coloridos por ninguna parte. Solo quedaba el pájaro Yápankam, posada sobre las ramas de un árbol.



Cuando Etsa y el pájaro se encontraron en medio de la soledad, se miraron largamente. - “¿Me vas a matar a mí también? - preguntó la paloma, - “no”- dijo Etsa, “¿De qué serviría?, parece que he dejado toda la selva sin pájaros, este silencio es terrible.”

Etsa sintió que se le iban las fuerzas y se dejó caer sobre una rama del árbol. Entonces, Yápankam voló hasta donde estaba Etsa y, al poco rato, a fuerza de estar juntos en medio de ese bullicioso silencio en el que aún navegaban los gritos de los monos y las pisadas de las hormigas, se convirtieron en amigos.

El pájaro aprovechó para contarle al muchacho a manera en que Iwia había matado a sus verdaderos padres. Al principio, Etsa se negó a creer lo que le decía, pero a medida que escuchaba las aleteantes palabras, empezó a despertar del engaño que había tejido el insaciable Iwia y, entonces, como si lo hubiera astillado un súbito rayo, se deshizo en un largo lamento. Nada ni nadie podía consolarlo: lloraba con una mezcla de rabia y tristeza, golpeando con sus puños el tronco del enorme árbol.

Cuando Yápankam se dio cuenta de que Etsa empezaba a calmarse, le dijo: “Etsa, muchacho, no puedes hacer nada para devolverle la vida a tus padres, pero aún puedes devolvérsela a los pájaros.” -“¿Cómo?” - quiso saber Etsa. El pájaro le explicó: “Introduce en la cerbatana las plumas de los pájaros que has matado y sopla”.

El muchacho lo hizo de inmediato, desde su cerbatana empezaron a salir primero muchas plumas y de inmediato, salieron miles, millones de pájaros de todos los colores que levantaron el vuelo y con su alegría poblaron nuevamente la selva.

Desde entonces -le aseguró su abuelo Arutam- Etsa, nuestro amado Sol y el demonio Iwia son enemigos mortales.

La dama Tapada

UNA LEYENDA DE GUAYAQUIL

“La dama empezaba a caminar delante de los borrachos, tenía una fragancia a rosas y gardenias y era muy atractiva para el caminante. ¡Y ni hablar de su manera de caminar! Pobre aquel que caiga en sus encantos.”



Algunas calles y callejones del antiguo Guayaquil se llamaban El Ahorcado, El Mate, la Encrucijada, El Descomulgado, lo cual decía mucho acerca de cómo era el constante ambiente de miedo que se vivía.

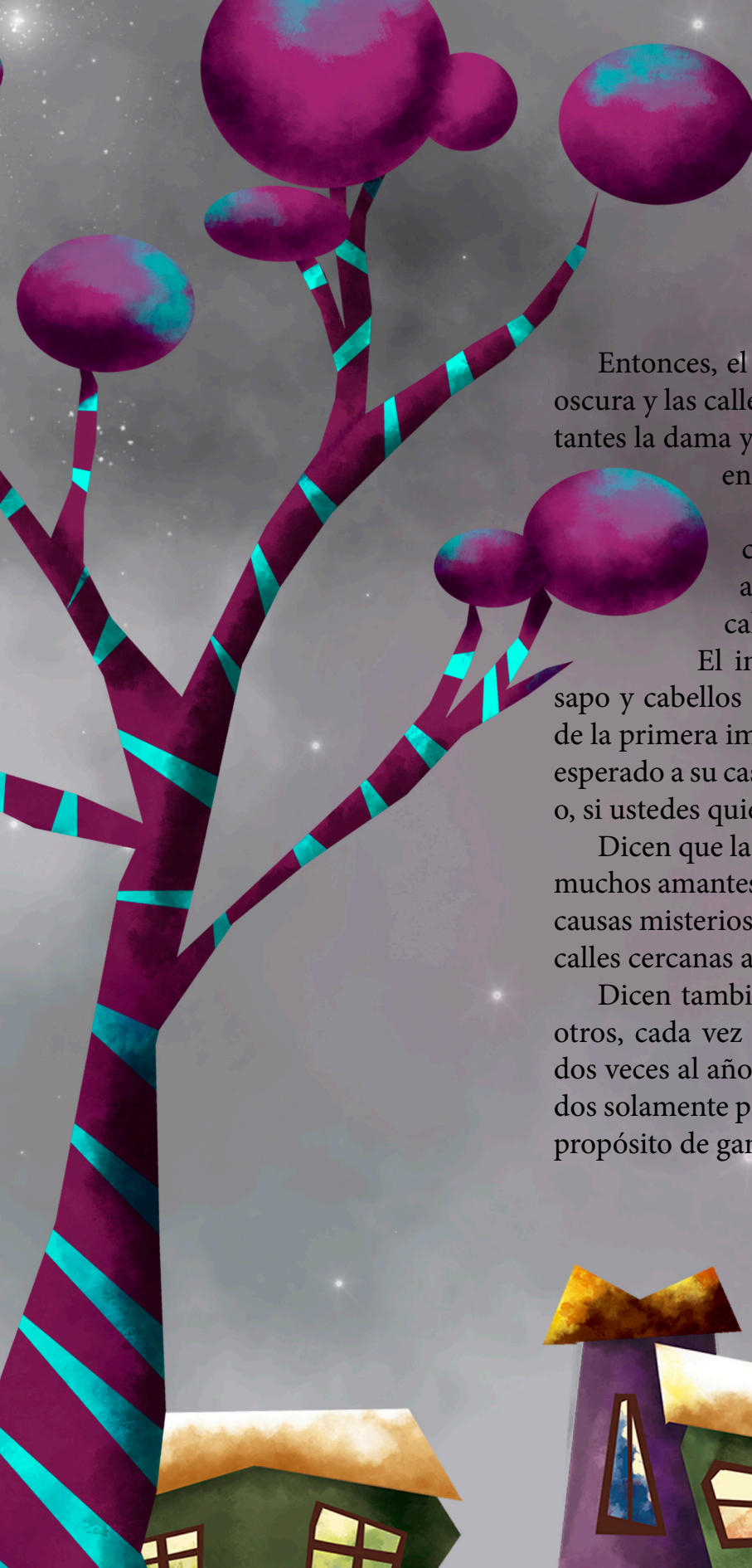
Pues bien, precisamente en esos tiempos del “no me diga” y del “qué barbaridad”, corrían una historia muy popular acerca de una dama tapada que había sido vista por quienes se les hacía tarde en otras casas, es decir, en casas que no eran suyas, o en las cantinas de la ciudad, que ya para entonces eran muchas.

Se aparecía entre las doce de la noche y las cuatro de la mañana y, por lo general, le salía al paso trasnochador que caminaba un poco en curva otro tanto recto, por alguno de los oscuros callejones antes mencionados.

En efecto, de pronto, sin que supiera cómo, una señora empezaba a caminar delante de él.

En el aire dejaba una estela de una fragancia a rosas y a gardenias que mezcladas resultaban muy atractiva para el caminante nocturno. El trasnochador se ponía entonces como loco y le susurraba piropos de la época como “hey, bella damita, déme una miradita”, o “me parece que se ha caído usted del cielo, señorita”.

Pero, una vez cansado de seguirla por ese laberinto de callejones oscuros y con la clara intención de admirar el rostro de aquella dama, el trasnochador se adelantaba corriendo y se le ponía delante. Ella se detenía como si se hubiera asustado y, aprovechando el desconcierto, la dama era vista por el audaz. Dicen que de entre las sombras surgía un rostro angelical.



Entonces, el silencio se hacía más silencioso, la oscuridad más oscura y las calles más solitarias que antes. Era como si en esos instantes la dama y el trasnochador se quedaran completamente solos en mitad de ninguna parte.

Y el segundo en que todo debía ser o no ser, justo cuando el hombre iba a besar a la dama y abrazar aquella mujer, la bella dama se transformaba en una calavera de cuencas negras y sonrisa macabra.

El infortunado daba un salto hacia atrás con ojos de sapo y cabellos de puerco espín. Una vez que lograba recuperarse de la primera impresión de sorpresa más que de horror, corría desesperado a su casa, perseguido por la terrible carcajada del fantasma o, si ustedes quieren, de doña fantasma.

Dicen que la dama tapada era el espíritu de una señora que tuvo muchos amantes y que cuando esta murió de manera violenta y por causas misteriosas, quedó atada a la tierra, condenada a recorrer las calles cercanas a la casa que había habitado en vida.

Dicen también que unos pocos volvían a trasnochar, pero que otros, cada vez más audaces y atrevidos, se adentraban al menos dos veces al año por aquellas calles y callejones solitarios, iluminados solamente por unos cuantos tragos de aguardiente, con el único propósito de ganarse el título de “tunante” entre sus compinches.

Yawirac

UNA LEYENDA DE QUITO

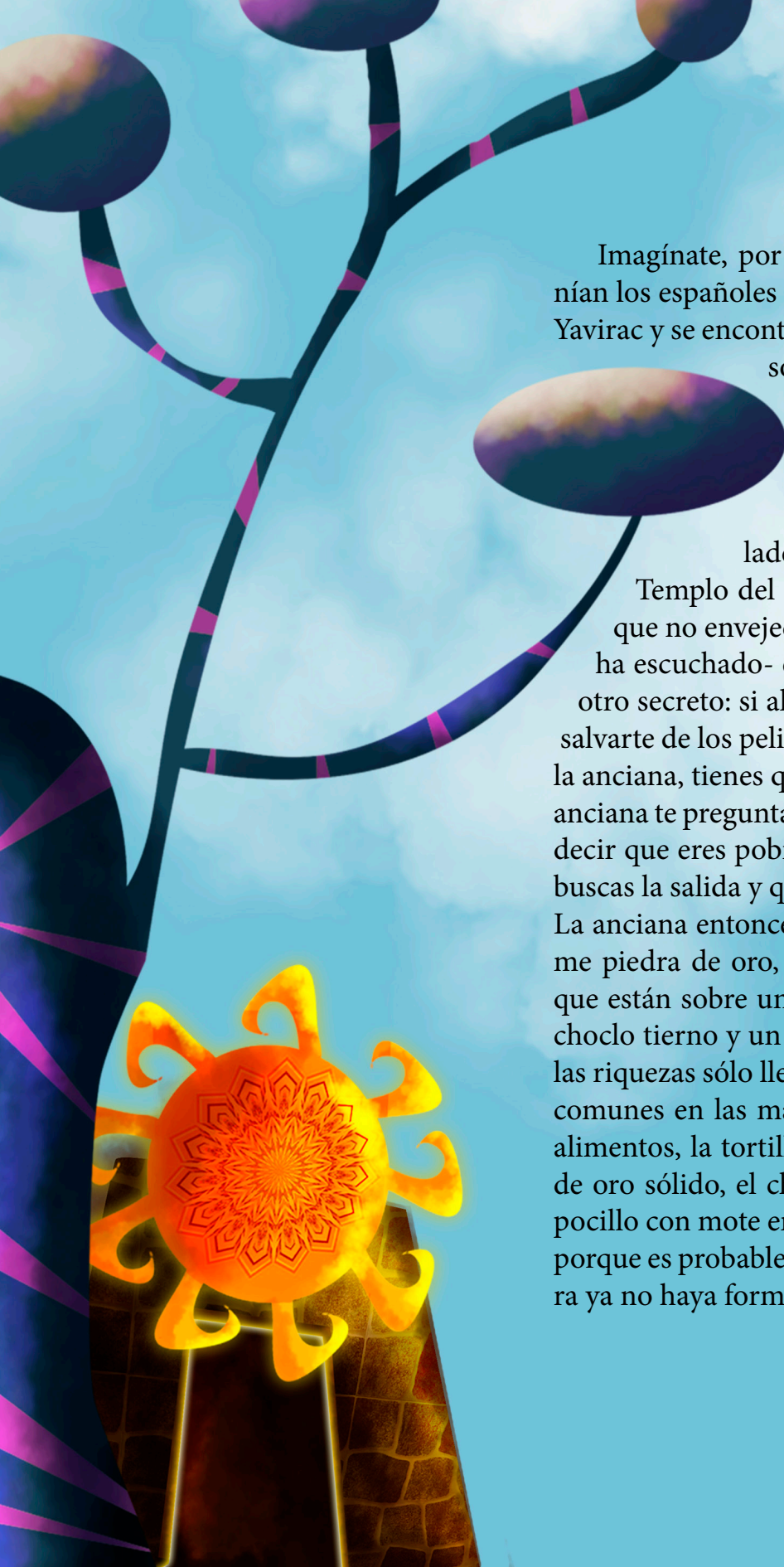
“Cuenta la leyenda que Atahualpa había mandado a construir en la cima un templo de oro. Cuando los españoles mataron a Atahualpa, marcharon a toda prisa para repartirse el Templo de Oro.”



Por si no lo sabes, el Panecillo se llama así porque a los primeros españoles les pareció que aquel cerro tan redondo y armonioso que se levantaba en el corazón de Quito, era igual que un pan, un panecillo de miga blanca y apretada, de esos que los panaderos de Sevilla horneaban para luego inundar las calles con su olor irresistible.

Debes saber también que antes de que llegaran los españoles, este sitio era conocido como el Yavirac, y ahí sobre su cima, los indios anteriores a los incas, y más tarde los incas que invadieron estas tierras, festejaban el Inti Raymi. La gran fiesta del Sol. Así, el 21 de junio de cada año, los indios de distintas regiones se reunían en el Yavirac para cantar y bailar, beber y alabar, en una roca de alegría, al altísimo señor del cielo que moría cada tarde y renacía cada mañana, al generoso Inti de la vida y el calor, al padre de la siembra y de la cosecha que año tras año daba a luz a Pacha Mama, la Madre Tierra.

Pues bien, cuenta la leyenda que Atahualpa había mandado construir en la cima del Yavirac un templo de oro puro. Debes saber que a los incas les gustaba mucho el oro por una sola razón: este era el metal que más se parecía a los rayos de luz que brotaban del Sol. Para los españoles en cambio, aquel metal significaba conquista, gloria, fortuna, tierras, nobleza, poder sin límites. Por eso, luego de que los españoles mataron al Inca Atahualpa, marcharon a toda prisa hacia Quito con ansias de repartirse el Templo de Oro que estaba en la cima del Yavirac.



Imagínate, por un momento, los rostros de decepción que tenían los españoles que sudorosos y cansados subieron a la cima del Yavirac y se encontraron con que no había ni una sola pepita de oro sobre la tierra seca: el Templo del Sol había desaparecido como por arte de magia. Pero lo que no sabían, era que dentro del Yavirac, en el corazón del cerro, entrando por caminos secretos llenos de arañas, alacranes gigantes y desfiladeros llenos de trampas mortales, se encuentra el Templo del Sol, cuidado por cientos de doncellas hermosas que no envejecen nunca y por una anciana sabia que -según se ha escuchado- es la mismísima madre de Atahualpa. Te cuento otro secreto: si alguna vez logras encontrar la entrada, y luego de salvarte de los peligros que te esperan, llegas por fin a la morada de la anciana, tienes que pensar muy bien en lo que dices y haces. Si la anciana te pregunta qué buscas en esos recintos sagrados, tienes que decir que eres pobre, que has ido a dar ahí por accidente, que sólo buscas la salida y que juras nunca revelar la entrada a aquel templo. La anciana entonces se levantará y te hará escoger entre una enorme piedra de oro, más un puñado de perlas, rubíes y esmeraldas que están sobre una mesa, y una tortilla de maíz, una mazorca de choclo tierno y un pocillo con mote. Piénsalo bien, pues si escoges las riquezas sólo llevas un pedazo de ladrillo y unas cuantas piedras comunes en las manos. Y es probable también que, si escoges los alimentos, la tortilla de pronto se convierta en un enorme pedazo de oro sólido, el choclo tierno en numerosas pepitas de plata y el pocillo con mote en gran cantidad de perlas brillantes. Escoge bien, porque es probable que suceda también al revés, y que una vez afuera ya no haya forma de volver atrás.

El señor Sarabia

UNA LEYENDA DE LATACUNGA

“Un hombre que lo lograba todo con sólo mover un dedo. Temido porque cuando se vio rico decidió vengarse de todo el mundo: Ahora van a ver, ahora van a ver quién es el señor Sarabia.”




Hace muchos años atrás, llegó un señor con una cara que daba pena y un cuerpecito tembloroso, pequeño y encorvado. Era como si al pobre hombre lo hubiera apaleado toda la vida o hubiera pasado hambres de meses, de años enteros.

A mi abuelita no le daba sino lástima el solo ver el rostro del recién llegado, pero a otras personas les daba asco, e incluso rabia de que aquel tipo caminara por las calles de la ciudad.

“Miren”, decían, “ahí viene el desgraciado ese, dizque Sarabia se llama”; otros agregaban, con algo de miedo “basta verle la cara para saber que el tipo aquel esparce la mala suerte por todos lados”. El hombre solo observaba y callaba. Nadie sabía lo que pensaba o sentía el misterioso personaje.

Un día, para alivio de muchos, el hombre desapareció. Se fue al campo, lejos, muy lejos, para que nadie lo viera. Y por esos caminos solitarios andaba cuando, de pronto, una pepita de oro cayó rodando a sus pies. El hombre levantó la vista y vio una pared entera brillando sobre su cabeza, resplandeciendo con la luz del amanecer. Era oro, el oro más puro jamás visto, saliéndole al paso a aquel hombre que, ante aquel súbito milagro, sólo atinó a esbozar una sonrisa maligna.

Decía mi abuelita que ese mismo día cambió su suerte de perro apaleado y, de la noche a la mañana se transformó en el hombre más poderoso y temido de la región. Poderoso porque su riqueza era inmensa y casi todo lo que quería lo lograba con sólo mover un dedo. Temido porque cuando se vio rico decidió vengarse de todo el mundo. “Ahora van a ver, ahora van a ver quién es el señor Sarabia”.



Convirtió a sus empleados en poco menos que esclavos a los que azotaba noche y día. Contrató guardaespaldas con los que mandaba a matar a sus enemigos y, a veces, incluso a los que le servían, solo para que aprendan quien era él.

Compró los servicios de los jefes de la policía, de los jueces, de los alcaldes y de los políticos más influyentes. Nadie podía negarse a un pedido suyo. Nadie podía escapar a su poder ni detenerlo. Todos le temían como al mismísimo demonio. Con solo escuchar “El señor de Sarabia”, temblaban y obedecían.

Una noche, luego de tomarse un par de botellas de un vino muy especial que guardaba en sus ricas bodegas, se sintió tan poderoso, tan invencible, tan por encima de todo y de todos, que salió al portal de su enorme casa tambaleándose y gritó “¿Quién como el señor de Sarabia? ¡Nadie! ¡Nadie, carajo! ¡Ni Dios mismo!” En ese preciso instante, se escuchó un rugido bajo la tierra y un trueno espantoso en medio de las nubes. El viento empezó a soplar con una fuerza nunca antes vista y la tierra a temblar. Las personas escapaban de las minas y haciendas, los animales enloquecidos atropellaban lo que encontraban a su paso.

Solo el señor Sarabia permanecía ahí, paralizado, boquiabierto, viendo cómo todo lo que había construido se venía abajo, se incendiaba, se derrumbaba.

Nadie volvió a saber del señor de Sarabia, pero mi abuelita me contó que una noche, al pasar cerca de las minas derrumbadas y de las casas quemadas, vio una mancha blanca cruzando los escombros, Ella asegura que era un fantasma, un fantasma que no asusta a nadie, pues era un alma triste y solitaria. Posiblemente era él.

El huaiña Güilli

UNA LEYENDA DE TUNGURAHUA

“A José se le había hecho tarde por quedarse jugando cartas y apostando. Cuando quería volver a casa se encontró con la oscuridad de la noche, se las arreglaron los del pueblo para llenar un recipiente con algunas luciérnagas.”




La noche estaba oscura. Más oscura de lo que puedes imaginar. Te seguro que si hubieras querido ver tu propia mano, no habrías podido; lo único que habrías visto era una mancha oscura frente a tu nariz, pero nada más.

A José se le había hecho tarde por quedarse a jugar cartas en el pueblo, o más bien por sentarse a hacer trampas con las cartas. Ahora, con los bolsillos llenos de dinero, quería volver a su casa en la montaña y se encontró con que no podía, pero como la gente del lugar no lo quería ver más, se organizó para llenar un recipiente de vidrio con algunas luciérnagas y, listo, de inmediato el frasco se convirtió en una linterna. Se la dieron a José y le dijeron que ya no tenía ningún pretexto para quedarse ahí insultando a todo el que se le cruzaba en su camino y que se fuera ese mismo instante.

José tomó el recipiente sin agradecer a nadie y empezó a caminar entre la neblina de los páramos de Quisapincha, abriendo bien los ojos para no caer en la terrible quebrada de las Lajas. De pronto, un llanto. Sí, un llanto de bebé retumbando en medio de la terrible oscuridad, Allí, abajo, en la quebrada, lloraba desesperado un niño, tal vez abandonado, quizá herido.

Aunque a José, por lo general, no le importaba ayudar a nadie, esta vez ni siquiera lo pensó dos veces y se lanzó quebrada abajo en busca del bebé. En la bajada se le rompió el recipiente contra una piedra y las luciérnagas escaparon como estrellas fugaces, pero el llanto del niño era tan fuerte que en unos pocos minutos José lo pudo encontrar.

Lo levantó con mucho cuidado, lo acunó en su pecho y lo arropó con su grueso poncho.



Sonrió, pero su sonrisa se vio apenas como una mancha gris: así de cerrada estaba la noche.

A tiernas quiso salir de la quebrada, pero el bebé le empezó a quemar el pecho. Era como tener una plancha llena de carbones encendidos bajo el poncho. Tanto quemaba el niño que no pudo resistir más y trató de alejarlo, de abandonarlo en el suelo, pero en ese momento, el bebé le clavó una especie de garra en el pecho. José creyó que se iba a desmayarse cuando el niño habló como una persona adulta, con una voz ronca y gangosa “Dientes tengo”, dijo. José no podía creer lo que estaba pasando. “Dientes tengo”, repitió aún más fuerte. José se espantó del todo cuando vio los colmillos de la criatura que tenía acurrucada entre sus brazos.

Trató de lanzarlo a la quebrada, pero no pudo. “Dientes tengo y te voy a matar”, dijo con voz ronca otra vez la criatura infernal. “Pero... por qué”, balbuceó muerto de miedo José. “Porque eres una peste con las personas del pueblo, porque nunca las ayudas cuando te lo pide, porque eres egoísta, avaro y tonto”, dijo con voz de trueno la criatura. José no pudo más, sintió que las piernas se le doblaban, que la cabeza le daba vueltas y finalmente se desmayó.

Al otro día se levantó cuando el sol ya estaba alto. Le dolía todo el cuerpo. ¿Había soñado?, ¿qué había pasado en realidad?, se preguntó mientras se levantaba.

Me contaron que desde entonces José cambió mucho. Y que incluso tuvo un hijo que creció con el buen ejemplo de su padre y fue, incluso, mejor que él en bondad y paciencia, y no por miedo al Huaiña Güilli, sino porque creía que solo la generosidad logrará salvar a este mundo.



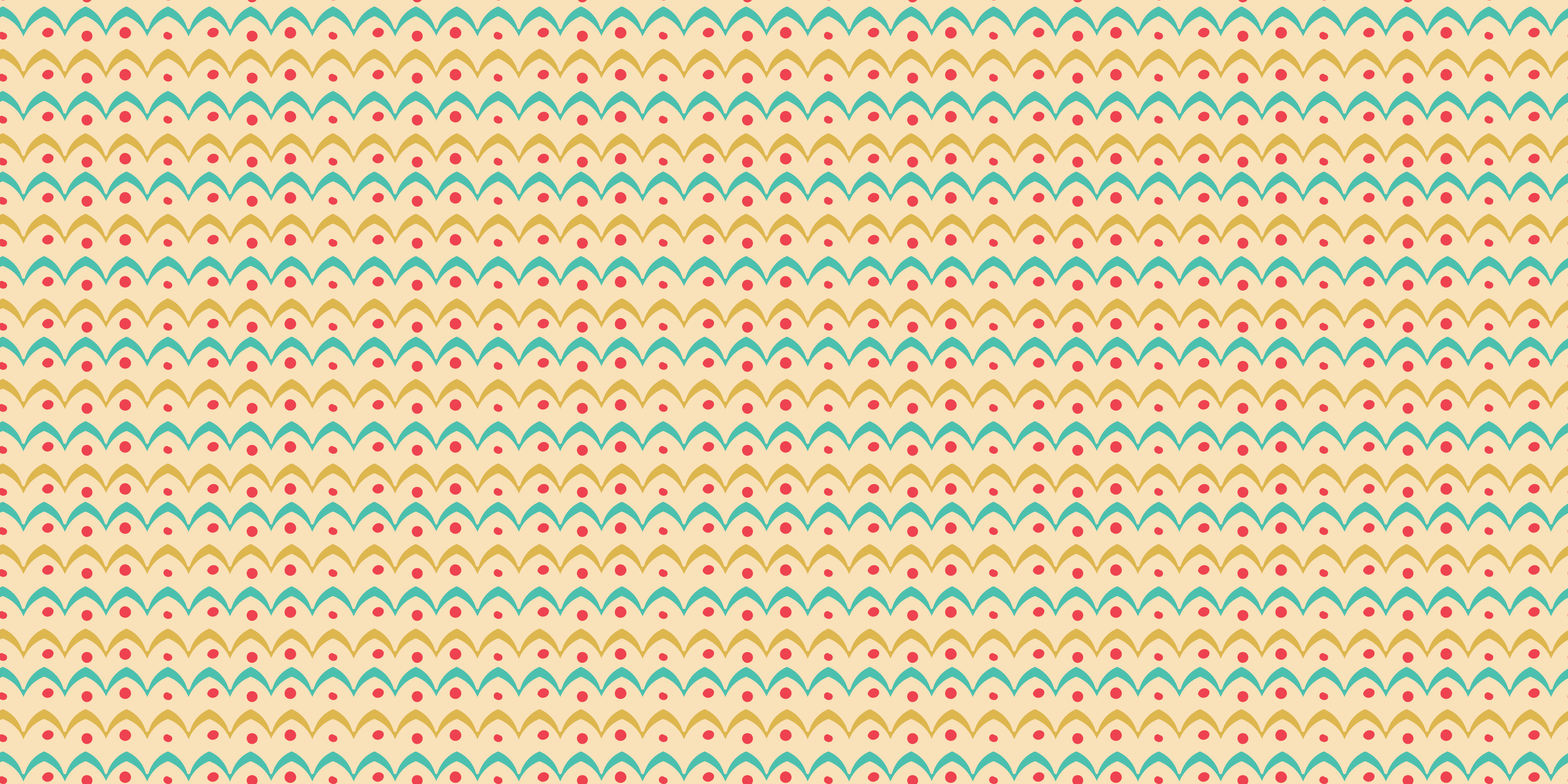
LEYENDAS ECUATORIANAS

Ilustraciones: Muñoz Jensen Helen Nicole.

Basado en texto: Leyendas ecuatorianas.

Adaptado al libro de leyendas ecuatorianas.

2017



- ▶ EL PADRE ALMEIDA
- ▶ UNA MUCHACHA DE LUNA
- ▶ CANTUÑA
- ▶ E TSA
- ▶ LA DAMA TAPADA
- ▶ EL SEÑOR SARABIA
- ▶ HUAÑA GÜILLI



NICOLE MUÑOZ JENSEN